

UNA JOYA PERDIDA

Pilar Obaya Vázquez-Prada

Esta que ven ustedes es la Cruz procesional, que desde el siglo XII hasta comienzos del XX presidió todas las grandes solemnidades de la parroquia de San Salvador de Fuentes. Mírenla bien porque ya no tendrán ocasión de contemplarla. Mucha gente ha ido tras ella, desde los peregrinos del Camino de Santiago, cuyo ramal costero pasaba por San Salvador de Fuentes camino de las veneradas reliquias de la Cámara Santa de Oviedo, hasta nuestros abuelos. Hoy es la gran ausente. Ya nadie podrá caminar tras ella porque su triste destino ha sido concluir en un fanal.

El prestigioso Metropolitan Museum of Art de Nueva York se honra en presentarla a propios y extraños como una de sus joyas predilectas, para rabia y disgusto de los españoles impotentes ante el expolio de obras de arte patrias efectuado a lo largo de los tiempos. La historia de su último e indeseado peregrinaje allende los mares es aproximadamente como sigue:

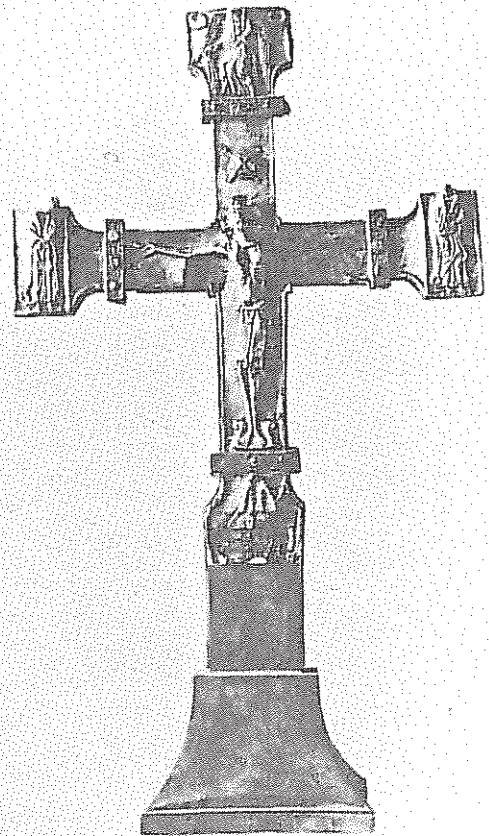
A lo largo y ancho de su corta historia, a los norteamericanos, tan carentes de un pasado cultural y artístico como sobrados de dólares, les entra la fiebre del coleccionismo y mecenazgo basado en el expolio de los pueblos, fundamentalmente europeos. En el caso español, la permisividad de la Iglesia y el Estado, y la ignorancia de las gentes, se unieron a todo ello, produciendo la fuga de importantes piezas del patrimonio artístico.

De este modo la Cruz procesional de San Salvador de Fuentes, el ábside de la iglesia románica de Fuentidueña (Segovia), los frescos de San Pedro de Tiedos (Ato Aragón), las pinturas mozárabes y románicas de San Baudelio de Berlanga (Soria), el retablo de alabastro del palacio arzobispal de Zaragoza (siglo XV), o un relicario español del siglo XII, han cruzado el charco muy a su pesar. Entre otras muchas se pueden contemplar en el Metropolitan, a orillas del río Hudson, en la imponente ciudad de Nueva York, por la módica suma de cuatro dólares, alrededor de 700 pesetas.

Por poco más dinero el párroco de San Salvador de Fuentes vende la Cruz procesional en 1901. Exactamente en 10.000 pesetas, según pesquisas de Aurelio del Llano «a un personaje de nacionalidad extranjera dueño de grandes industrias en Mieres». Gracias a recuerdos de familiares podemos asegurar que los feligreses de aquella época condenaron la venta, aunque nadie quede vivo que conociera los hechos y pudiera darnos su testimonio directo.

Desde 1917 y quién sabe con cuánto dinero por medio, forma parte de la sección de arte español del mencionado museo de Nueva York, gracias al generoso mecenazgo de un ciudadano llamado J. Pierpont Morgan (se trata nada menos que del financiero fundador de la poderosa Banca Morgan), según consta en las postales que se adquieren en el museo como recuerdo. En una de ellas se puede leer: «Cruz procesional de San Salvador de Fuentes. Oviedo. Plata, plata dorada con gemas. España, siglo XII».

La donación a San Salvador de Fuentes fue realizada en dicho siglo por Sancha González. Canella describe así la Cruz: «madera cincelada en chapa de plata con piedras preciosas y camafeos. Tiene en el anverso un tosco crucifijo con la cabeza y el cuerpo rectos, abiertos los ojos, faldón pendiente de la cintura, brazos horizontales, escabel para los pies, cuatro clavos, corona mural símbolo del tiempo o de majestad y a los extremos laterales las figuras de la Virgen, San Juan y arriba un ángel con incensario. En el reverso aparece cordero celestial en un cuadro central, extendiéndose graciosos y salientes follajes por los brazos, que terminan con las cuatro figuras aladas: hombre,



CRUZ PROCESIONAL DE SAN SALVADOR DE FUENTES

león, buey y águila, simbólicas de los cuatro evangelistas, sobre la votiva inscripción de Sancha González repartida en los cuatro brazos: «HOB HONORE SANCTI SALVATORIS SANCCIA GUNDISALVI ME FECIT».

Para la Gran Enciclopedia Asturiana la Cruz es «una pieza de orfebrería de incalculable valor artístico, que figura a la cabeza de las existentes en su género en España». Visto lo sucedido con la Cruz hay que considerar como premonición que en la lápida fundacional del templo figuren conjuras y anatemas dirigidos a los que perturbaren la integridad del patrimonio del templo. Seguro que las cenizas de Sancha González se remueven indignadas contra aquel párroco que además se llamaba don Perfecto. No sabemos si descansará en paz.

NOTA.—Conste el agradecimiento a mi amigo Manolo Calderón, que empleó generosamente su tiempo de vacaciones en recorrer los museos de Nueva York en busca de mi Cruz.

